**Domingo 25º del Tiempo Ordinario (A). 24.09.2017: Mateo 20,1-16.**

***“Un denario, un denario, un denario…”* Lo recibo y lo escribo… ¡CONTIGO!**

Desde el final del capítulo decimoctavo, nos propone la liturgia católica-vaticana, debemos saltar a los inicios del capítulo vigésimo (Mateo 20,1-16). Quienes participaron en la celebración del domingo pasado y lo vuelvan a hacer el domingo veinticuatro de septiembre constatarán, si lo meditan críticamente, que nunca se nos leerá el capítulo decimonono en este año dedicado al Evangelista Mateo y su Evangelio. Para quienes deciden de esta manera sobre el relato de Mateo nada les importa lo que aquí se cuenta. En mi celebración eucarística me leeré este capítulo, donde se cuenta la decisión de aquel rico que le dijo ‘no’ a Jesús.

Mateo 20,1-16 es una parábola. Una más de las que tanto le gusta escribir a este Evangelista para contarnos bien a las claras quién es este Jesús de Nazaret del que escribe y a quien cree. La parábola del ‘empresario viticultor’ es propia y única de la evangelización del Evangelista Mateo. Ningún otro evangelista constató esta buena noticia provocadora. Al parecer, en tiempos de Jesús y de Mateo no existía una regulación laboral. ¿Cómo es posible que el mismo empresario ofrezca el mismo jornal y sueldo a quien trabaja las ocho horas del día que a quien trabaja solo una y a última hora?

Esta opción empresarial es tan imposible como aquella deuda de la que se nos habló en el evangelio del domingo pasado y en la parábola de los pecadores y perdonadores. Ambas parábolas comienzan de la misma manera: *“El Reino… es semejante a…”*  (Mateo 18,23 y 20,1). Este ‘reino’ es la misión, la opción, el proyecto, el evangelio… que anuncia y regala este hombre laico y del norte de Israel llamado Jesús de Nazaret. Esta misión o, como les parecerá bien a algunos, la religión que propone Jesús es un escándalo blasfemo que rompe las reglas de la lógica económica de unos y de otros prestamistas o de unos y de otros empresarios y jornaleros de la viña y del vino.

¿De qué deuda habla el evangelista en Mateo 18 o de qué viña se está hablando en Mateo 20? Deuda y viña, ¿no están evocando la realidad del pueblo de Israel que conocen tanto Jesús como el Evangelista? Deuda y viña, ¿no son la Religión de aquel pueblo, su Ley de Moisés, sus profetas, sus sabios, su templo, su sacerdocio, sus tradiciones, sus ritos de fiestas y liturgias? En esta religión de deudas y de viña urge sembrar la semilla del Reino (Mateo 10), una semilla que no es otra cosa que lo expresado en Mateo 7,12: *“Todo cuanto deseo que me hagan, deseo hacérselo al otro, y al otro, y al otro…”*

Desde esta única Religión y con ese su único mandamiento nunca va a existir el pecado, la deuda ni los deudores. Existirás tú, y yo, y el otro, y el otro… y nuestros propios deseos y decisiones… Desde esta única Religión y con ese su único mandamiento se comprende que el empresario de la viña y sus viñadores soy yo, y lo eres tú, y el otro tú, y el otro… El autor del cuarto Evangelio lo comprendió así y nos lo compartió muy ilustrativamente cuando nos lo dejó escrito en el capítulo decimoquinto de Juan: *“Yo soy la vid”.* Y mi última reflexión: Con esta parábola acaba el Evangelista Mateo la segunda etapa del Camino de subida a Jerusalén (Mateo 17,23 a 20,16) y de la reiterativa evangelización de Jesús de Nazaret a los suyos de entonces, de después y de ahora. ¿Por qué nos cuesta tantísimo… entender su buena noticia?

**Domingo 44º del Evangelio de Marcos (24.09.2017): Marcos 12,35-44.**

***Buscáis a Jesús de Nazaret… Id… a Galilea. Allí le veréis* (Mc 16,6-7).**

Evangelizó Jesús de Nazaret en su Galilea (Mc 1,14 hasta 8,26). Evangelizó este Jesús en el Camino que inició en Cesarea de Felipe (Mc 8,27) hasta llegar a las puertas de Jerusalén, la capital (Mc 10,52). Y está este Jesús de la Evangelista María Magdalena a punto de acabar su Evangelización en el corazón de Israel y de su Religión que es el Templo: *“Decía Jesús mientras enseñaba en el Templo… Decía también en su evangelización… Y se sentó frente al Tesoro del templo…”* (Mc 12,35-44). Después de esto, Jesús decidirá abandonar el Templo para siempre.

En el relato de Marcos 12,35-44 la Evangelista María Magdalena ha consignado tres datos relacionados entre sí y que responden perfectamente la pregunta ¿por qué abandona, física, teológica y definitivamente Jesús el Templo?

Había subido para evangelizar explícitamente en ese lugar central de la Religión de su pueblo. Y ahí había hablado con los principales representantes de la autoridad religiosa: sumos sacerdotes, ancianos, escribas, fariseos, herodianos, saduceos… Y ante ellos, con ellos y frente a ellos y la muchedumbre del pueblo explica que él es un mesías que no tiene parecido alguno con el Mesías que esperaban, hijo de David y escogido por Dios para ser un nuevo liberador de enemigos de todo tipo. Este Jesús de Marcos 12,35-37 se declara al margen de ese mesianismo tan deshumanizadamente descrito en el tan resabido y proclamado Salmo 110.

Este Jesús mesías de la Evangelista María Magdalena rechaza la ostentación religiosa de las autoridades de Israel que se atreven a vestir, celebrar y vivir con el lujo, el despilfarro y la prepotencia que se le desea atribuir a quienes se dedican al servicio de Dios. Marcos 12,38-40 constituye una de las mayores descalificaciones inimaginables de la institucionalización religiosa judía. Y este lujo ostentosamente hiriente, ¿no es aún seña de la identidad católica?

La última denuncia de este Jesús de Nazaret colma el recipiente de las sinrazones y sinsentidos de la llamada Religión de Yavé, el Dios de Abrahán, de Moisés, del Templo y de su sacerdocio. Esta denuncia se produce en la llamada sala del Tesoro del Templo: la sala del Dios-dinero (Marcos 12,41-44). Este Yavé-Dios del Sumo Sacerdocio del tiempo de Jesús, ¿qué otra cosa es sino un vampiro insaciable que exige hasta el último céntimo de la viuda más empobrecida que se desee imaginar?

¿Quién grabó a fuego en las neuronas de aquella viuda empobrecida la certeza de que debía entregarle todo a no se sabe qué Dios para alcanzar al fin su salvación definitiva? ¿Qué sacerdocio del santuario de Jerusalén se atrevió a ser tan energúmeno de llegar a creer que el supremo sacrificio de morir de hambre es lo que más le agradaba a una divinidad que nunca habla, ni escribe, ni oye, ni actúa…?

En este lugar de lujo hiriente, ostentación sin límites y poder absoluto en nombre de un Dios que solo es dinero, como lo es la sala del Tesoro del Templo de Jerusalén… En este lugar tan especialmente elegido por la narradora de las decisiones de Jesús acaba la evangelización y vida de este hombre. Este Templo ha decidido acabar con el laico y galileo Jesús de Nazaret.